

AGENDA CIUDADANA

EL OTRO SENDERO O LAS OPCIONES DE LA OPOSICION

Lorenzo Meyer

Las Opciones.-El título que precede a estos comentarios no se refiere al famoso libro de Hernando de Soto. No, lo que aquí se pretende es examinar las posibilidades que tienen hoy los partidos y fuerzas políticas en México de recorrer un sendero distinto al que han seguido hasta ahora.

En estos días, el partido del presidente Ernesto Zedillo, el partido de Estado, el PRI, acaba de renovar su dirección formal, y con ello ha hecho ya una elección del camino que va a seguir en el futuro inmediato: el tradicional. En efecto, al dar el presidente Ernesto Zedillo el mando a uno de sus cuadros duros --Humberto Roque Villanueva--, significa que el jefe real de ese partido ha decidido dejarse de "sanas distancias" y usar en cambio todos los instrumentos que tiene a mano para impedir que en las elecciones de 1997 la oposición avance hasta el punto de iniciar una nueva etapa en el desmantelamiento del presidencialismo mexicano. Si la oposición llegara a arrebatarle al PRI el gobierno de la Ciudad de México y, sobre todo, la mayoría del Congreso --como ya ocurrió en el Estado de México--, entonces ya no podría continuar el presidencialismo que hemos conocido por más de seis decenios, pues su naturaleza no es compatible con una división de poderes real. Así pues, en el campo del PRI ya se decidieron. Sin embargo, lo que aún está en duda es el camino que, frente a esa decisión, va a seguir la oposición.

Los Caminos Viejos.- Históricamente, el sendero más transitado por la oposición mexicana ha sido aquel que le ha conducido a invertir una buena parte de sus energías en luchar contra otros miembros de la oposición. A veces la mayor ferocidad de un partido de oposición quedó reservada para enfrentar no al régimen y a su gobierno, sino a aquellos otros cuyas posiciones ideológicas eran más cercanas y que, objetivamente, podrían haber sido sus compañeros de viaje. El resultado de esta obsesión por destruir al que más se le parece, fue dejar en paz al verdadero adversario: al enemigo común.

Otro camino seguido por ciertos elementos de la oposición mexicana que también ha resultado muy negativo para ella, para la sociedad y el proceso político en su conjunto --aunque no necesariamente para algunos de los actores involucrados--, ha sido el de la colaboración con los supuestos adversarios: con el poder. El razonamiento formal, la peregrina justificación de los colaboradores siempre ha sido la misma: que al ingresar como socio menor en la ciudadela del poder, se tiene la posibilidad de modificar el contenido de la política gubernamental en el sentido que supuestamente propone la oposición y que, de esta manera, está más cerca de la meta final: el desplazamiento futuro de aquellos con quienes hoy se colabora. La experiencia ha mostrado con monótona frecuencia que el resultado final es justamente el opuesto: el colaboracionista le sirve a los poderosos hasta que se identifica plenamente con ellos y es absorbido o, en caso contrario, termina por ser abandonado, desprestigiado, a la vera del camino, aunque a veces con un buen pago de marcha.

Los Ejemplos.- A las generalizaciones anteriores se les pueden dar fácilmente contenido. Para empezar, están los ejemplos de la Revolución. En Puebla, en los años veinte, los agraristas y los obreros organizados --las dos caras de las clases populares--dedicaron sus mejores esfuerzos a combatirse y asesinarse. ¿Y quién no recuerda en los años treinta la feroz lucha de los comunistas mexicanos contra otros grupos de izquierda, ya fuesen los agraristas de Adalberto Tejeda, los trotskistas o al propio cardenismo, al menos en su etapa inicial. Las publicaciones del PCM de la

¡Error
!
Marca
dor no
defini
do.

época no dejaron de tachar a Tejeda o a Cárdenas de fascistas. Por otro lado, el propio Tejeda se presentó en 1934 como candidato de oposición contra Lázaro Cárdenas.

Desde luego que la lucha fratricida no es monopolio de la izquierda, aunque ahí ha alcanzado sus niveles más altos. También hay ejemplos de lo mismo desde la derecha. Durante la revolución, felixistas y pelaeistas no se combatieron entre sí, pero disputaron y finalmente rechazaron una colaboración que era posible. En tiempos más recientes es suficiente con recordar las varias pugnas internas del PAN. Sin embargo, y como ya se ha dicho, la derecha no tiene ideología sino intereses. Y la necesidad de defender esos intereses reales ha hecho a los grupos y partidos de derecha organizaciones más pragmáticas y más dispuestas a limar asperezas con los que están cerca, que los de izquierda.

En cuanto a la colaboración entre la oposición y el poder, en algunas situaciones, arrojó buenos resultados en lo inmediato, pero a la larga el costo resultó mayor de lo esperado, pues se paga con el desprestigio o el fracaso del proyecto del opositor. Un ejemplo clásico es el del movimiento obrero y los gobiernos revolucionarios. Primero fue Luis Napoleón Morones y la CROM y después Vicente Lombardo Toledano y la CTM. Al principio y en teoría, ambos líderes y sus respectivas organizaciones adoptaron una posición de lucha contra las estructuras de poder en que estaban inmersas, pues así lo exigían sus ideas anarcosindicalistas en el primer caso y socialistas en el segundo, pero en poco tiempo ambos se encontraron colaborando con los gobiernos burgueses. Al final, los dos personajes y sus proyectos fueron usados por el régimen recién surgido de la Revolución y posteriormente anulados. El Partido Comunista Mexicano pasó de la oposición al cardenismo a la colaboración, para terminar por ser rechazado y golpeado por los gobiernos posteriores al del general Cárdenas. Y ni que decir de la experiencia de esos pequeños partidos de oposición, también llamados paraestatales, y que van del PP al PARM o al PT; todos ellos actuaron de manera perfectamente funcional al régimen que les necesitaba --y les subsidió--, para contar con una oposición domesticada que le permitiera dar la apariencia de un pluralismo que en realidad no existía.

El caer en un proceso de colaboración que termina por fortalecer al supuesto adversario y debilitar al colaboracionista, no le ha ocurrido sólo a los partidos pequeños y de izquierda sino también a los grandes, maduros y de derecha. Ese ha sido el caso reciente del PAN, que encontró muy conveniente trabajar en estrecha colaboración con los gobiernos de Carlos Salinas y, hasta hace unas semanas, de Ernesto Zedillo. Esa colaboración llegó a extremos inéditos en el caso mexicano cuando un prominente miembro de la dirigencia panista, Antonio Lozano Gracia, en diciembre de 1994 aceptó hacerse cargo de una de las instituciones gubernamentales con más alto grado de corrupción y desprestigio: la Procuraduría General de la República, y poner a prueba así el prestigio del PAN como semillero de abogados inteligentes, muy profesionales y honrados. Al final de ese camino, la PGR sigue siendo lo que siempre fue pero la imagen del PAN es más opaca, menos brillante, que antes de iniciar la colaboración.

Cada Quién su Vida.- Bien, los dos caminos que han andado por tanto tiempo las oposiciones, el de concentrar sus baterías en la destrucción mutua dejando en paz al gobierno o el de la colaboración con este último, no han desembocado en situaciones favorables a los proyectos de la oposición y si en lo opuesto. Sin embargo, hay otros caminos.

Una tercera posibilidad es que cada oposición marche por su lado y se enfrente sola al gobierno. Un ejemplo de esta posibilidad ocurrió justamente cuando nació el actual partido de Estado. En 1929, el gobierno era presidido por Emilio Portes Gil pero en realidad manejado por Plutarco Elías Calles, el "Jefe Máximo de la Revolución Mexicana". Esa oposición estaba

¡Error

!

Marca

formada, por un lado, por el movimiento cristero, en rebelión desde 1926; en segundo lugar, por el vasconcelismo, que disputó en la urnas el poder a Pascual Ortiz Rubio, y finalmente, el puñado de generales encabezados por José Gonzalo Escobar, que según los supuestos del "Plan de Hermosillo", decidieron levantarse en armas contra Calles con el pretexto de rechazar sus imposiciones antidemocráticas. Cada una de las tres oposiciones operó con su propia lógica y el resultado fue la derrota de las tres y el afianzamiento del "Maximato".

El Sendero no Explorado.- El camino menos transitado por la oposición mexicana ha sido el de unir sus fuerzas, el de buscar alianza en coyunturas particularmente favorables a las fuerzas que están afuera del círculo del poder. Una de esas coyunturas es precisamente la actual, donde como pocas veces tiene sentido intentar una unificación de las fuerzas opositoras para lograr por la vía pacífica --la electoral--, poner fin al dominio del régimen no democrático que ha sido el sello de la vida pública mexicana durante la mayor parte del siglo XX.

Es claro que la actual no es la primera ocasión en que se abre la posibilidad objetiva de construir una alianza temporal entre fuerzas naturalmente enemigas para intentar proceder a quebrar el dominio de las reglas inequitativas y antidemocráticas que por tanto tiempo han caracterizado el juego político mexicano. Después de las elecciones sin credibilidad de 1988 existió esa posibilidad, pero con gran habilidad y rapidez, Carlos Salinas procedió a cavar una gran zanja entre los dos movimientos opositores, favoreciendo a uno y golpeando al otro. Sin embargo, hoy se abre de nuevo la oportunidad de unir fuerzas para que, por un momento, izquierda y derecha democráticas intenten coordinar sus esfuerzos para romper la cadena del largo dominio de un solo partido y darse ellos y a la sociedad en general, la posibilidad de echar la semilla de un nuevo régimen donde el pluralismo democrático sea una realidad.

Es claro que la posibilidad de llevar a cabo esa colaboración entre las oposiciones para alcanzar una meta histórica es muy difícil, y que las probabilidades de que eso no ocurra son mucho mayores que lo contrario. Sin embargo, la propuesta debe, al menos, quedar sobre la mesa, pues a fines de los años ochenta se puso en práctica en Chile y funcionó muy bien. En efecto, allá la unión temporal de rivales históricos como los comunistas, los socialista y los demócrata cristianos, permitió concentrar voluntades, sorprender al régimen y ganar un referéndum que obligó al dictador Augusto Pinochet a dejar el Palacio de la Moneda.

Como bien lo demostró a principios del siglo Roberto Michels, los partidos políticos son en primer lugar aparatos dominados por unas burocracias cuyo objetivo central no es tanto la puesta en práctica de sus programas cuanto la preservación de sus privilegios y espacios de poder, por pequeños que éstos sean. Sin embargo, no deja de ser teóricamente interesante plantear esa posibilidad de unión de los contrarios en aras de una meta superior y, en todo caso, dejar a esos partidos la responsabilidad de rechazarla. Hasta el momento, las burocracias del PAN y del PRD no parecen realmente muy dispuestas a colaborar pese a que juntos pueden hacer realidad un hecho sin precedentes: un cambio pacífico de régimen.